

## José Luis González

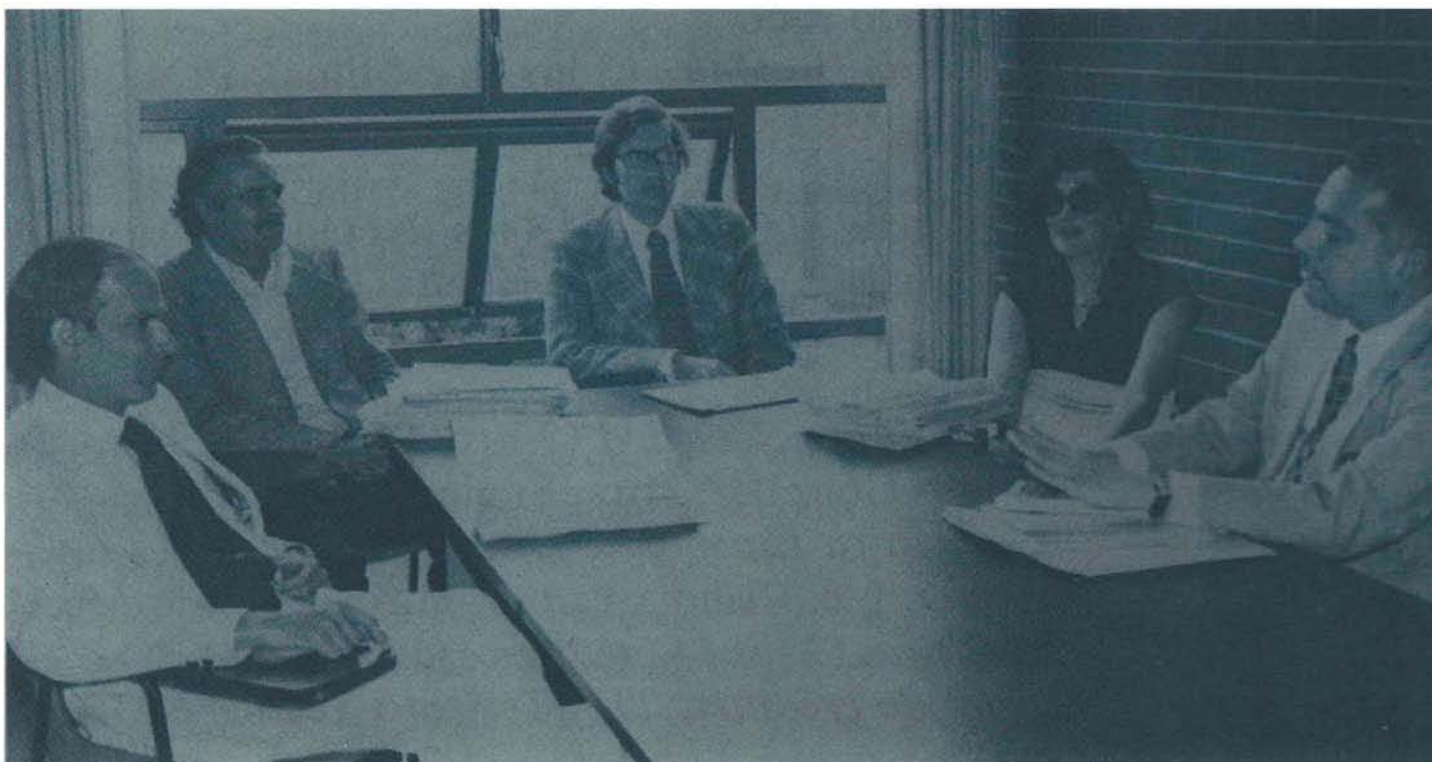
Ignacio Díaz Ruiz

No podemos pasar por alto al maestro José Luis González. No, por varios motivos. En primer término por tratarse de un prototipo: el profesor creador. Sus relatos e historias, concisas y magníficas lecciones de escritura e ingenio, forman parte de esa incuestionable y ya clásica literatura contemporánea de Nuestra América. “La noche que volvimos a ser gente” y “La carta”, por recurrir a tan sólo dos ejemplos, son elocuentes muestras de esta vigorosísima narrativa breve cuyo hálito político, social —profundamente ético—, perfilan la vida y obra y andanzas de este escritor puertorriqueño trasterrado, quien ha echado sus raíces en México.

No podemos pasarlo por alto, además, por su bien entendido magisterio. La eminencia y dignidad de su vocación de maestro quedan suscritas por su peculiar idea de la enseñanza de la literatura, compendiada en diminuto verbo: *leer*. Él mismo voraz e incesante lector hace de su cátedra una natural extensión de esta cotidiana y elemental experiencia. Como Borges, es incapaz de imaginar un mundo sin libros (para leerlos pero también para pensarlos y escribirlos). Su magisterio, su segunda profesión, se identifica plenamente con un concepto medieval de *lector*, término que se relaciona con las comunidades religiosas y de manera especial con una de las órdenes menores; en *Las partidas*, Alfonso X, el Sabio, explica: “Otro grado hay que llaman lector, que quiere tanto decir como leedor: a éste debe ser a tal que sepa leer las profecías e las lecciones abiertamente, departiendo las palabras según son, porque las puedan mejor entender los que las oyeran”. Evocando a aquel tipo de lector, su cátedra es así siempre una lección abierta, donde se departen las palabras, sabroso arcaísmo éste para hablar de enseñanza, exégesis y discusión de textos.

Afin a los grandes maestros, propone el diálogo como método. En sus lecciones exige la confrontación de experiencias, la discusión de ideas, el debate de conocimientos, la crítica sustancial. Su vocación latinoamericanista demanda siempre atención y cuidados a nuestras culturas y nuestros problemas. De tal suerte que las literaturas de Hispanoamérica, incluyendo no sin orgullo las del Caribe, fueron conocidas y reconocidas en nuestra Facultad. El temple humanista de este profesor, forjado en parte por una cultura de muy amplios registros con insistentes modulaciones sociológicas, determina su visión universal. La profunda experiencia isleña y norteamericana, y las residencias en Europa conforman su sensibilidad a la que nada le es ajeno.

Tampoco podemos pasar por alto su calidad y su integridad humanas: el respeto por sus semejantes, el trato generoso, la cordialidad de



Arturo Souto, Arturo Azuela, Luis Rius, Margo Glantz y José Luis González, 1976.

sus palabras sazonadas con humor; de tal suerte que asistir a sus lecciones es asistir a memorables lecciones de impecable honradez y proverbial rectitud. Sin embargo, no todo es miel sobre hojuelas: en consonancia con su estatura y estirpe guerrera en ocasiones —pocas, es cierto—, aparece su disonancia: espíritu vehemente, combativo e indómito; las luminosas gotas de sangre de los carabalí o de los yoruba se le suben a la cabeza cuando se trata de actos de injusticia, de falta de respeto, de indignidad o de algún otro hecho que vaya en contra de sus principios y de sus fines éticos.

Las lecciones del profesor van desde la sencillez y claridad de una cotidiana exposición a la capacidad de establecer un franco coloquio con sus discípulos. Su preocupación por las palabras directas y próximas ha quitado la rigidez y formalidad de los exámenes profesionales y de grado a los que asiste, para transformarlos en verdadero diálogos de afables razones. José Luis González entendió y entiende a la literatura, al magisterio y a la vida como simples vasos comunicantes; de ahí esas precisas y azarosas correspondencias entre sus relatos, sus cuentos, sus clases, sus ensayos, sus anécdotas, sus tertulias diarias, sus charlas de pasillo: todo es uno. Por éstas, y por otras muchísimas razones que sí vendrían al caso, José Luis González es el maestro que, por ninguna circunstancia, podemos pasar por alto.